

## Bailando al compás de quienes somos: La maternidad, la sexualidad y las vicisitudes de un *enactment*<sup>1</sup>

Jessica Graciella Mézquita López<sup>2</sup>

UIC, UMM, IARPP

Pretender realizar un trabajo en el que la persona del terapeuta no sea un elemento que influya en el tratamiento es una utopía. Desde el Psicoanálisis Relacional reconocemos la urgencia de volver a pensar los conceptos de neutralidad y abstinencia y explorar lo que ocurre en el encuentro de subjetividades entre paciente y terapeuta, en el que convergen incontables notas para generar la melodía que se bailará en conjunto. En el presente trabajo, se exploran los terrenos pedregosos de dos mujeres que, a pesar de ser muy distintas, se encuentran bailando al compás de sus experiencias alrededor de la maternidad y la sexualidad, con perspectiva de género. Se reconocen los aspectos subjetivos de la terapeuta como un elemento central que influye directamente en la relación con una paciente con quien se reconoce como sujeto con contornos que impactan directamente en la relación terapéutica. Se discute sobre el *enactment* y la autorrevelación, reconociendo los retos que implica para paciente y terapeuta, así como las posibilidades generativas en el desarrollo de la relación terapéutica. Mónica y Jessica, bailan al compás de sus puntos de divergencia y de encuentro, esperando que la espontaneidad, honestidad y cuidado permitan seguir explorando terrenos pedregosos.

**Palabras clave:** maternidad, sexualidad, perspectiva de género, intersubjetividad, enactment.

Pretending to do a work in which the therapist's person is not an element that influences the treatment is a utopia. From Relational Psychoanalysis we recognize the urgency of rethinking the concepts of neutrality and abstinence and explore what happens in the encounter of subjectivities between patient and therapist, in which countless notes converge to generate the melody that will be danced together. In the present paper, I explore the stony grounds of two women who, despite being very different, find themselves dancing to the rhythm of their experiences around motherhood and sexuality, with a gender perspective. The subjective aspects of the therapist are recognized as a central element that directly influences the relationship with a patient with whom she recognizes herself as a subject with contours that directly impact the therapeutic relationship. Enactment and self-disclosure are discussed, recognizing the challenges it implies for patient and therapist, as well as the generative possibilities in the development of the therapeutic relationship. Monica and Jessica dance to the rhythm of their points of divergence and encounter, hoping that spontaneity, honesty and care will allow them to continue exploring rocky ground.

**Key Words:** maternity, sexuality, gender perspective, intersubjectivity, enactment.

**English Title:** *Dancing to the beat of who we are: Motherhood, sexuality and the vicissitudes of an enactment*

### **Cita bibliográfica / Reference citation:**

Mézquita López, J.G. (2024). Bailando al compás de quienes somos: La maternidad, la sexualidad y las vicisitudes de un *enactment*. *Clínica e Investigación Relacional*, 18 (1): 53-61. [ISSN 1988-2939] [Recuperado de [www.ceir.info](http://www.ceir.info)] DOI: 10.21110/19882939.2024.180105

<sup>1</sup> Ampliación del trabajo leído en el Congreso Internacional "El futuro del Psicoanálisis: Ensoñaciones y Esperanzas" celebrado el 20 de octubre de 2023 en la Universidad Intercontinental de la Ciudad de México. Versión revisada por la autora.

<sup>2</sup> Nació en Mérida, Yucatán, México. Es Licenciada en Psicología y Maestra en Psicoterapia Psicoanalítica por la Universidad Marista de Mérida, en las que se tituló con Excelencia Académica. Cursó el Doctorado en Psicoanálisis por la Universidad Intercontinental (obtuvo la presea "Ducit Et Docet" por mejor promedio). Actualmente, se encuentra desarrollando su tesis doctoral sobre trauma desde la perspectiva relacional. Ejerce la consulta clínica privada desde hace 10 años en Mérida como psicoterapeuta y supervisora clínica. Pertenece al cuerpo docente de la Universidad Marista de Mérida como profesora de Licenciatura en Psicología y Posgrados en Psicoanálisis. Es miembro de la IARPP. Coautora del libro "La Pandemia en el Diván" (compilado por Lourdes Quiroga Etienne y Berta Loret de Mola Vadillo, publicado por Gedisa México) participando con el capítulo "Atravesando la pandemia: reflexiones sobre la clínica de lo traumático". Ha participado en diversas conferencias, congresos y seminarios. Contacto: [jessicamezquita@gmail.com](mailto:jessicamezquita@gmail.com)

Hacer psicoanálisis relacional implica colocar la relación terapéutica como eje central de la experiencia que se construye entre el paciente y terapeuta. Esto quiere decir que, quienes buscamos dedicarnos a la práctica psicoanalítica y nos hemos visto influenciados por el paradigma relacional sabemos que pretender realizar un trabajo en el que la persona del terapeuta no influya en el tratamiento no es más que una utopía. El psicoanálisis relacional se centra en la relación y la explicación de la dinámica intrapsíquica, su origen y desarrollo en la intersubjetividad (Velasco, 2009), es decir, la matriz relacional (Mitchell, 1993) que constituye al sujeto, teniendo en cuenta que las experiencias de las relaciones tempranas repercuten en la realidad presente, transformando continuamente dicha matriz relacional durante el desarrollo a través de la interacción con diversas experiencias y relaciones, incluyendo la relación terapéutica, a partir del intercambio intersubjetivo. En el encuentro con otro, se genera un tercero analítico (Ogden, 2014) que es la suma de ambos inconscientes y también mucho más que ello. Se trata de un baile de dos en el que se da una interacción de subjetividades.

A pesar de que los principios de neutralidad y abstinencia pueden seguir siendo vigentes, desde el Psicoanálisis Relacional se reconoce la urgencia de volverlos a pensar, con el objetivo de generar relaciones terapéuticas que, a pesar de ser asimétricas, se puedan construir desde la mutualidad (Aron, 2013), en las que el terapeuta se reconozca como persona, cuidando no invadir con sus contenidos el espacio terapéutico que su paciente viene a buscar en su consultorio.

Esto implica aceptar, como bien Freud dijo, que el análisis es interminable (Freud, 1937) y que, por más que nuestros deseos omnipotentes lo deseen, esto igual aplica a nosotros como terapeutas. También somos personas que, a pesar de tener nuestro propio análisis, siempre tendremos elementos de nuestra historia que yacen disociados, muy probablemente debido a que han sido traumáticos, los cuales contribuyen a la melodía que se realiza en conjunto con los elementos disociados del paciente, que acompañan este baile en el que convergen incontables notas: afectivas, relacionales, históricas, sociales y políticas. Un cúmulo de notas que componen el compás de quienes somos y que, al combinarse con las del otro, generan una melodía nueva pero a la vez dotada de lo ya conocido, una melodía única que es el resultado de la interacción de quienes se reúnen a compartir el espacio terapéutico.

Una de las notas que contribuye a este compás, es la relacionada al género. Gracias al movimiento relacional en psicoanálisis, las ideas de mujeres psicoanalistas como Karen Horney (1973), Nancy Chodorow (1978, 1989, 1994), Jessica Benjamin (1998, 2004, 2023),

Galit Atlas (2015, 2016, 2023), y muchas más (Garrigá, 2014; Toribio, 2020, 2022; Gherovici y Steinkoler, 2023; Baraitser, 2006), alrededor de los feminismos, el género, la sexualidad y la maternidad, han sido incorporadas al bagaje psicoanalítico, generando la oportunidad de redimirnos en un contexto en el que pareciera que la mujer estaba relegada a ocupar una posición pasiva, asumiendo su castración (Freud, 1937 en Mitchell, 2015). A través de la vivencia del género, se conjugan muchos elementos relacionados con las herencias transgeneracionales de lo que implica ser mujer, ser madre, ser hija, la sexualidad, entre muchos otros temas, que nos atraviesan a todas, a pesar de existir diferencias de experiencia a experiencia, teniendo en cuenta los elementos interseccionales (como la etnia, la clase, la orientación sexual, la edad, entre otros) que pudieran incidir en abismales diferencias con respecto a lo que se vive al de formar parte del género femenino.

Al ser el género, el psicoanálisis relacional, la clínica del trauma, la disociación y la interacción de subjetividades en la práctica clínica de mis principales intereses, en este trabajo pretendo explorar lo que se ha generado entre Mónica y yo en lo que pienso que fue un *enactment* (Sassenfeld, 2010; Coderch, 2010; Atlas y Aron, 2018) que puso en escena elementos disociados de su experiencia personal y la mía.

### **Ser mujer, ser madre, ser hija: Mónica**

Mónica es una mujer en sus cincuentas que fue referida por su hija, Sonia, una de las tantas exalumnas a quienes les tengo mucho cariño. Cuando Sonia me escribió, yo no tenía espacios disponibles para recibir pacientes nuevos en psicoterapia, sin embargo, sabiendo que había recurrido a mí por la confianza que me tiene y la esperanza de que yo pudiera trabajar con su mamá, recuerdo que sentí un deseo profundo por hacer esfuerzos para recibirla en tratamiento. Al momento de recibir su mensaje, recordé también cuando yo le escribí a una maestra muy querida para preguntarle si pudiera referirle a mi mamá, la cual también hizo un espacio en su apretada agenda para recibirla, suceso del cual le estaré eternamente agradecida. Desde ese primer momento, algo se puso en juego de mi propia experiencia como hija en el tratamiento con ella.

*"Hola Jessica, soy Mónica. Me comentó Sonia que tu agenda está a tope, solo quiero que sepas que estoy más que lista para enfrentar mi proceso, con total compromiso, no importa cuánto duela o cuánto dure. Por favor, en cuanto tengas un espacio hazme saber."* Dos semanas después de eso, pude recibir a Mónica.

En el encuentro con ella, contacté con una mujer sumamente solitaria, con mucho dolor y rencor contenido dos años atrás, cuando se dio una abrupta separación entre su

esposo y ella. Esta no fue la única ruptura, pues alrededor de la crisis de pareja, también Sonia, su única hija, le comunicó que tenía novia. A pesar de que Mónica intentaba demostrarle que la apoyaba en todo lo que decidiera, pareciera que había una ruptura también en la relación madre e hija pues Sonia decidió mudarse, quedando Mónica como la única habitante de la casa en donde había construido esa bella familia que parecía haberse desvanecido de un momento a otro.

Durante los primeros meses de nuestra relación terapéutica, las sesiones con Mónica se trataron sobre su historia: episodios de violencia por parte de su padre, en los que su madre participaba como espectadora pasiva; recurrentes devaluaciones hacia su persona, invalidación de sus intereses, deseos, y perspectivas sobre la vida. Ya decían Stolorow y Atwood (1992) que lo traumático surge de una experiencia afectiva en la que no existe una regulación en el sistema niño-cuidador, de experiencias en donde los afectos dolorosos han sido invalidados, y Mónica constantemente había sido invalidada, generando una coraza protectora a modo de refugio psíquico (Steiner, 1993) en la que nadie la lastimaría si no expresaba afectos como la ira, la tristeza, el dolor.

Desde el principio de nuestros encuentros la he considerado una mujer sumamente interesante. Es abogada de profesión, pero eso no es lo primero que pienso cuando pienso en lo mucho que la admiro: es pianista, compositora, escritora de novelas, escultora, pintora... En todas nuestras sesiones, llegaba a compartirme un producto nuevo: una melodía que parecía expresar su sentir alrededor del divorcio, una escultura de la cara de su personaje favorito de "El Señor de los Anillos" con el que me confesaba que hablaba cuando se sentía sola en su casa, un fragmento de una novela que escribía sobre la ruptura de un planeta llamado Siamés, que se fragmentó en tres pedazos distintos, como su familia. Múltiples producciones artísticas que, ante mis ojos, cumplían varias funciones: simbolizar lo traumático (Bion, 1962), reclamar la vida no vivida (Ogden, 2016), validar los afectos de las áreas de déficit (Killingmo, 1989) e integrar los estados del self disociados (Bromberg, 2011).

Yo me encontraba dando cuenta de lo mucho que Mónica necesitaba una mirada que le devuelva su valor. El proceso terapéutico marchaba por esta línea, generando una relación en donde predominaba mi empatía, mi contención hacia sus afectos, la validación emocional del dolor y también mi reconocimiento hacia su valor como persona, como mujer, como madre, como artista.

Sin embargo, estos afectos no predominaron en mí en una sesión en la que, entre lágrimas y mucho coraje, enunciaba: *"la verdad es que estoy muy enojada con Sonia porque*

*es una traicionera y una mentirosa, eso es lo que es. No puedo creer cómo logró mentirme toda su vida... yo estuve durante toda su infancia, su adolescencia... ella hablaba de sus ídolos masculinos, de los compañeritos que le gustaban, tuvo noviecito... tiene una capacidad impresionante para mentirme o mentirle a todo mundo... yo la conozco, o me mintió a mí toda la vida o no es real que le gusten las mujeres y está fingiendo consigo misma y con todo el mundo."*

En este momento, yo me ubiqué experimentando mucho enojo, algo que no había sido habitual en mis encuentros con Mónica. Las únicas palabras que pudieron emerger de mí fueron: *"Sonia no tenía por qué compartir su sexualidad contigo si no quería o no estaba lista, la sexualidad es algo privado."* Yo noté que al decir esto yo seguía sintiéndome enojada y Mónica procedió a limpiarse las lágrimas y desviar el tema dándome parcialmente la razón, como obligada, y unos minutos después finalizó la sesión. Si la mente y el corazón fueran un hotel en el que nuestros pacientes habitan, pudiera decir que entre esa sesión y la siguiente con Mónica, ella ocupó la suite presidencial. Me la llevé todos los días, a ella y a mis afectos durante esta sesión, ya que yo sabía que algo inusual había ocurrido entre ambas.

Si bien, una parte de mi *self* psicoanalítico más adherido a la teoría aprendida a lo largo de mi formación consideraba que mi enojo podría ser una reacción contratransferencial ante algo que Mónica pudiera estarme haciendo sentir sobre ella misma, a modo de identificación proyectiva comunicativa para que yo pueda alfabetizar, a través de mi capacidad de *reverie* (Bion, 1962), o que tal vez estaba sintiendo lo que probablemente Sonia sentía, a modo de una contratransferencia complementaria (Racker, 1948) que pudiera llevarme a empatizar con ella y ayudar a Mónica a comprender lo que su hija pudiera sentir y los motivos que probablemente la llevaron a distanciarse de ella, yo reconocía que lo que le dije (*"no tenía por qué compartir su sexualidad contigo... la sexualidad es algo privado"*) también tenía que ver conmigo y mi experiencia como mujer y como hija de una madre que, en su intento de cuidarme y protegerme, transmitía ideas conservadoras generando culpa y persecución alrededor de conductas de exploración sexual que descubriera en mí.

Por otra parte, Mónica sentía mucho dolor ante la primera experiencia en la que su hija la había dejado fuera. Ella, a modo de reparar su propia infancia, había tenido como objetivo ser una madre ejemplar y ver únicamente por hacer de la vida de Sonia una vida en la que se sintiera con el apoyo, cobijo y contención de ella como madre. Esto, ella ubica que es un contrapeso a su propia historia, en la que su madre fue vivida por ella como un

"*tablón de madera*", construyendo una metáfora sobre su ausencia de respuesta ante cualquier situación en la que ella la necesitara.

Mi subjetividad y mis contornos (Buechler, 2015) como mujer joven siendo psicoterapeuta de alguien que tiene una edad cercana a la de mi madre, se pusieron en juego para generar un *enactment* (Atlas y Aron, 2018) en el que pareciera que Mónica intentaba comunicarme su dolor y su frustración como una madre que se sentía rechazada por su hija, y yo respondí desde mi propia experiencia con mi madre alrededor de la sexualidad en mi adolescencia, que a pesar de que actualmente mi relación con ella y mi sexualidad dista mucho de ello, considero que siempre tendrá elementos que formen parte de mi melodía. Esto, a su vez, recreó una puesta en escena de su propia matriz relacional, en la que su madre no se encontraba accesible para ella y constantemente su sentir genuino era invalidado.

A la siguiente sesión, decidí abordar este tema desde el principio, pues reconocía que una autorrevelación (Coderch, 2010) era necesaria: "*Mónica, quiero decirte algo sobre nuestra sesión anterior... me di cuenta de que cuando me platicabas cómo te sentías sobre la sexualidad de Sonia, me sentí muy enojada y no pude contactar con tu dolor... pienso que algo de mi experiencia como hija se conectó con esto, y que al decirte que tú no tienes por qué ser partícipe de la sexualidad de Sonia estaba contactando con ella, pero en ese momento no pude resonar con tu dolor como mamá al sentirte expulsada de su vida, como si tus esfuerzos por ser una madre cercana hubieran sido en vano al no formar parte del proceso de descubrimiento de su orientación sexual.*"

Al compartirle mis reflexiones, noté una expresión de alivio en Mónica: "*Qué bueno que traes el tema... porque te confieso que me sentí muy culpable esta semana. Y sí, tienes toda la razón, la sexualidad de Sonia es privada y ella tiene la libertad de decidir qué y cuándo compartirla... Me llevé tus palabras en la mente toda la semana y creo que se ha modificado mi forma de verla... no es una traicionera ni una mentirosa. Yo me siento muy frustrada porque cuando me dijo que tenía novia, fue como recibir un balde de agua fría que me dejó congelada.*"

Hablar sobre el *enactment* y hacer autorrevelaciones, permite recontextualizar (Buechler, 2015) las escenificaciones ocurridas en la relación terapéutica y entender desde otro lugar los fenómenos relacionales. En este encuentro con Mónica, he pensado que yo también me transformé pues conecté con su dolor como madre y, a su vez, con el dolor de la mía durante mi adolescencia. También fue transformador para Mónica, pues pudo saber que yo también soy persona, soy hija, y así comprender la necesidad de privacidad de Sonia desde otro lugar. Lo relacional en psicoanálisis implica mantener la asimetría,

estableciendo relaciones mutuas, en las que ambos, paciente y terapeuta, salgan transformados (Aron, 2013). Espero que en el encuentro con Mónica sigamos transformándonos juntas.

### Comentarios y conclusiones

Incluirnos como un elemento que contribuye a la melodía de nuestra práctica psicoanalítica nos confronta con estados de propia vulnerabilidad y, a su vez, impacta directamente en el curso de la psicoterapia. Incluso Freud (1913/1983, p. 135) lo describió en "Sobre la iniciación del tratamiento" al hablar de los motivos que le llevaron a mantener el uso del diván como una práctica de la técnica de la hipnosis a conservar en los tratamientos psicoanalíticos:

No tolero permanecer bajo la mirada fija de otras ocho horas (o más) cada día. [...] Mientras escucho, yo mismo me abandono al decurso de mis pensamientos inconscientes, no quiero que mis gestos ofrezcan al paciente material para sus interpretaciones o los influyan en sus comunicaciones (Freud, 1913/1983, p. 135).

Si bien son innegables los beneficios que pudiera traer el uso del diván para exploraciones profundas sin la mirada directa del terapeuta (Tejedo, 2020), este fragmento me lleva a reflexionar sobre lo agradable y cómodo que es permanecer escondidos, tras bambalinas de lo que ocurre en análisis y en la vida de nuestros pacientes, sacándonos de la ecuación lo más que podamos.

Escribir este trabajo y leerlo en voz alta en un congreso o publicarlo, incluyendo parte de mi historia (aunque sea parcialmente y sin detalles), revelar a Mónica que algo de mi propia experiencia como hija se puso en juego, o admitir mis errores frente a mis pacientes es algo que me ha costado incorporar e incluso, en ocasiones, me sigue generando angustia. Pero me he dado cuenta de que ser honesta conmigo misma y con mis pacientes, con mi propia melodía, sin transmitirla a altos decibeles que opaquen las suyas, me ha llevado a sentirme cada vez más viva, más humana y con más elementos para conectar con quienes me permiten acompañarlos en análisis.

Los terapeutas somos personas: no somos una "tábula rasa" en la que nuestros pacientes depositan sus notas sin que se jueguen también las nuestras. Los pacientes traen su artillería histórica y matriz relacional, sus propias notas, para vincularse con nosotros desde sus modos antiguos de relación, pero influyendo también nuestros propios

contornos, nuestra subjetividad, que permite la creación de una nueva relación, una nueva melodía.

Al igual que Mónica, soy mujer. Ambas estamos atravesadas por el género y las implicaciones que este ha traído en nuestras historias. A diferencia de Mónica, no soy madre, pero tengo una madre, que se ha preocupado por mí, y que, a pesar de sus angustias, me ha cuidado y me ha sostenido incontables veces. Soy una mujer en sus treintas, que aunque no es una niña, no ha vivido lo que una mujer en sus cincuentas, como Mónica, ha vivido.

En el proceso con ella también me he transformado y he logrado comprender a mi madre. Mónica, a través de su proceso conmigo, ha logrado acercarse más a su hija y comprender su experiencia. A pesar de que mantengo la abstinencia y la neutralidad como elementos centrales en mi práctica (repensados, claro está – es decir: no inundo con aspectos de mi historia los procesos terapéuticos, promuevo la curiosidad para ver hacia dónde nos llevan las asociaciones, trato de no adherirme rígidamente a algún deseo propio o expectativa prefabricada hacia el curso del análisis, etc.), he podido ser auténtica y he recurrido a autorrevelaciones sobre mi sentir alrededor de este y otros *enactments*, reconociendo cuando en mi trabajo se ponen en juego elementos que son parte de mis notas, de mi melodía.

El reconocimiento de la mutualidad, con semejanzas y diferencias entre psicoterapeuta y paciente, no puede desembocar en descuidar las responsabilidades que tenemos como terapeutas debido a la asimetría de esta relación. A pesar de ser ambos, paciente y terapeuta, quienes crean la melodía en conjunto para bailar al compás de ella, es el terapeuta quien tiene la responsabilidad de cuidar que las condiciones del baile sean seguras para echar a andar la capacidad de moverse en un terreno en donde se pueda bailar con libertad y flexibilidad a pesar de que en ocasiones la pista de baile sea un terreno pedregoso

## REFERENCIAS

- Aron, L. (2013). *Un encuentro de mentes: mutualidad en psicoanálisis*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Atlas, G.; Aron, L. (2018). *Dramatic dialogue. Contemporary Clinical Practice*. Routledge.
- Atlas, G. (2016). *The Enigma of Desire. Sex, longing, and belonging in psychoanalysis*. Routledge.
- Benjamin, J. (2004). Beyond doer and done to: an intersubjective view of thirdness. *Psychoanalytic Quarterly*, LXXIII, 5-43.

- Benjamin, J. (1998). *Shadow of the Other. Intersubjectivity and Gender in Psychoanalysis*. Routledge.
- Bion, W. (1962). *Learning from experience*. Karnac Books.
- Bromberg, P. (2011). *The Shadow of the Tsunami: and the Growth of the Relational Mind*. Routledge.
- Buechler, S. (2015). *Marcando la diferencia en la vida de los pacientes: La experiencia emocional en el ámbito terapéutico*. Ágora Relacional.
- Chodorow, N. (1989). *Feminism and psychoanalytic theory*. Yale University Press.
- Chodorow, N. (1994). *Feminites, masculinities, sexualities: Freud and beyond*. The University Press of Kentucky.
- Chodorow, N. (1978). *The Reproduction of Mothering. Psychoanalysis and the Sociology of Gender*. University of California Press.
- Coderch, J. (2010). *La práctica de la psicoterapia relacional: El modelo interactivo en el campo del Psicoanálisis*. Ágora Relacional.
- Horney, K. (1973). *Feminine Psychology*. W.W. Norton & Company.
- Killingmo, B. (1989). Conflict and deficit: implications for technique. *Int. J. Psychoanal.* 30: 65-79.
- Mitchell, S. (1993). *Conceptos relacionales en psicoanálisis: una integración*. Siglo XXI Editores.
- Mitchell, S. (2015). *Influencia y autonomía en psicoanálisis*. Ágora Relacional.
- Ogden, T. (2014). El tercero analítico: el trabajo con hechos clínicos intersubjetivos. *Revista de Psicoanálisis de la Asoc. Psic. de Madrid.* 71, pp. 67-96.
- Ogden, T. (2016). *Reclaiming unlive life. Experiences in Psychoanalysis*. Routledge.
- Racker, H. (1948). Contribución al problema de la contratransferencia. *Int. J. Psychoanal.* 4.
- Sassenfeld, A. (2010). Enactments: Una perspectiva relacional sobre vínculo, acción e inconsciente. *Revista clínica e investigación relacional.* 4, pp. 142-181.
- Steiner, J. (1993). *Psychic retreats: pathological organizations in psychotic, neurotic and borderline patients*. Routledge.
- Stolorow, R.; Atwood, G. (1992). *Los contextos del ser*. Barcelona: Herder Editorial.
- Velasco, R. (2009). ¿Qué es el psicoanálisis relacional? *Revista electrónica de Psicoterapia Clínica e Investigación Relacional.* 3 pp. 68-67. Recuperado en: [http://www.psicoterapiarelacional.es/Portals/0/eJournalCeIR/V3N1\\_2009/7\\_Velasco\\_Que-es-Psicoanálisis-Relacional\\_CeIR\\_V3N1.pdf](http://www.psicoterapiarelacional.es/Portals/0/eJournalCeIR/V3N1_2009/7_Velasco_Que-es-Psicoanálisis-Relacional_CeIR_V3N1.pdf)

Original recibido con fecha: 6/11/2023

Revisado: 28/2/2024

Aceptado: 30/3/2024